

7/35312 (3)

LA CONVERSACION

Periódico de literatura y ciencias.

Se publica un número cada domingo, y el precio de suscripción es cuatro reales por mes en Madrid y quince reales trimestre en provincias.—La Redacción y Administración, á donde se dirijan los pedidos y reclamaciones, está situada en la calle del Arenal, 7, 2.ª derecha.

AL PUBLICO.

Si con alguna detención tratamos de investigar las diferentes causas determinantes del gran movimiento literario, que en la actualidad se nota en nuestro país, después de una calma de dos siglos, distinguiremos colocada en primera línea una circunstancia insignificante al parecer, pero de suyo tan notable, que por sí sola tiene la suficiente acción para desarrollar instantáneamente la reforma en el gran mundo de las ideas, haciendo con sorprendente entusiasmo que en muy corto espacio de tiempo se pueda con suma ventaja adelantar en España lo que en otras naciones ha costado inmensidad de sacrificios, debidos á las vigilias y sufragios de diferentes generaciones, y cuyo núcleo fundamental existe ingratamente oscurecido, por el olvido de los magistrales y concienzudos escritos de nuestros antepasados.

Esta poderosa palanca, que tan enérgicamente puede desarrollar el veloz impulso intelectual de nuestro país, consiste en ese asombroso é incansable afán, que en el presente siglo se nota entre las diferentes clases de nuestra sociedad, de leer detenidamente todo género de producciones, con una constancia analítica y ahínco tal, que puede muy bien desde luego sin temor asegurarse que nunca le hubo tan apasionado y profundo.

Varias veces nos hemos ocupado en pensar atentamente, lo muy ventajoso que seria aprovechar esta noble emulacion para combinar cierto género de publicaciones, y las trascendentales ventajas que de ellas podrian prometerse á favor de la clase mas necesitada de instruccion, con el laudable fin de moralizarla é instruirla sin apelar á los medios extremos, que sobre exaltar las pasiones ahogando los sentimientos naturales del corazón, oponiendo hermanos á hermanos, principian desgraciadamente la educacion del pueblo por donde la debieran concluir.

Nosotros por el contrario, estamos plenamente convencidos de que no son estos de ninguna

manera los recursos que deben emplearse para proporcionar á esta utilísima clase del estado, una vida tranquila y laboriosa que en directa relacion con los medios de satisfacer sus necesidades, diese por resultado inmediato la facilidad de poder combinar de diferentes maneras el modo de atender á la subsistencia, empleo y educacion de sus familias, sin despertar en ellas aspiraciones fabulosas por lo impracticables, ni enloquecerlas con mezquinas ambiciones que emponzoñando el corazón, lo materializan hasta el extremo de que este no repare en los medios, con tal de conseguir los ruinosos fines á que sin querer le arrastra forzosamente la falsa preocupacion de semejantes doctrinas.

De ninguna manera puede dudarse que la inteligencia del hombre es tan grande como el mundo en que vive, por cuya razon á ningún otro ser le es dado en él disponer y dominar: inmensa, como la Eternidad que inexorable le espera al fin de su corta peregrinacion sobre la tierra. Y tiene ademas para completar lo ideal de su conjunto, ciertos destellos emanados directamente de la Divinidad, con los cuales brilla, crea y perfecciona.

Ahora bien, los límites de la inteligencia humana no son ni pueden ser conocidos; no hay quien pueda decir hasta aquí ha de llegar, y de aquí no ha de pasar.

Los adelantos, los descubrimientos, las diarias y no interrumpidas conquistas que el hombre, universalmente asociado, agrupa y presenta con incansable afán y hasta con orgullo y cierta especie de religioso respeto á la aprobacion de sus hermanos para contribuir al bienestar y felicidad de la especie, son un verídico y elocuente testimonio que salva la mezquina y fragil barrera que á la humana inteligencia quieren oponer ciertas almas demasiado crédulas ó mal intencionadas, las cuales poseídas de un exceso de fanatismo no reparan que con su sistema coartan y empequeñecen las infinitas facultades de la Divinidad que nos rige y existe elevada sobre la tierra en el empíreo trono de los cielos.

Teniendo presente este grandioso don conce-

dido con tanta generosidad por el Supremo Hacedor, para que siendo usufructuarios de él le vayamos comunicando de unos en otros, como prenda querida de su gracia ¿no se podría con justicia apostrofar de ingrato é inhumano á aquel ser egoísta y degenerado que pretendiere, saltando por cima de todas las consideraciones divinas y sociales, hacer patrimonio del saber á solo ciertos y determinados individuos, condenando á un estúpido indiferentismo á la clase de la sociedad que mas necesita de instruccion para sobrellevar las amargas penalidades ajenas á sus medios de existencia?

Mas supongamos conseguido este plan terrible y desmoralizador; dirijamos por un momento la vista á sus fatales consecuencias; pero apartémosla en seguida para evitar el cruel dolor que habia necesariamente de causar á toda alma sensible los perniciosos efectos de un porvenir tan lúgubre y aterrador, que minando sorda y constantemente la sociedad por sus cimientos solo podria realizarse como ejemplar castigo de la Providencia, á los estravios de la raza humana, siendo esta justicia mucho mas temible que el segundo caos producido en los primeros tiempos, con la inundacion de la tierra por las aguas del diluvio.

¿Qué podria prometerse nadie de una sociedad donde la mayor parte de sus individuos estuviera miserablemente reducida á la triste y vergonzosa condicion de una grosera é imperfecta máquina movida al caprichoso impulso de la casualidad, ó ya puesta en accion por resortes falsos y rastreros, y explotando esta misma ignorancia, humillante producto de su obra, la abandonasen con cierto placer despues de haberla gastado?

Sí, por desgracia, tan absurdo sistema hubiese tenido eco en todas las naciones, la Europa hubiera dejado de existir.

Pero por fortuna no hay candados para el génio que rapidamente vuela de uno á otro espacio del mundo, y no se desdeña de penetrar en la humilde cabaña del pastor.

Ni tampoco la virtud es ni ha podido ser en ningun tiempo tanta quimera como han propagado algunas almas incapaces de poder disfrutar de sus inagotables consuelos, escarneciéndola y motejándola, porque la han visto silenciosamente recogida en el humilde rincón del hogar doméstico, enjugando los amargos llantos de alguna modesta familia.

En el siglo XIX es imposible retroceder.

¡Adelante! ¡y siempre adelante!

La hora de la reforma ha sonado, y la ilustracion, noblemente enorgullecida, se remonta á la inmensidad, desplegando sus poderosas alas, para penetrar por lo mas recóndito de la tierra, y cobijar á la humanidad con su benéfica sombra. Si bien es preciso tener muy en cuenta que, habiendo llegado á una época en la cual para que pueda ser duradero el esplendor y felicidad de las naciones, se ha hecho de todo punto indispensable que la mayoría de la poblacion reuna á la unidad, que siempre constituye la fuerza, las costumbres y luces suficientes, capaces de poder contrarestar los rudos y repentinos choques que de cuando en cuando conmueven y comprometen seriamente la tranquilidad de los estados, y que además de retrasarnos con cada oscilacion un siglo por lo menos en la verdadera carrera del progreso, nos van silenciosamente conduciendo paso á paso al borde de un cataclismo, en el cual fluctuando desquiciadas de su órbita social todas las clases y fortunas, se hallan espuestas á ser fácil é incautamente arrolladas por su desenfundado torbellino.

Pero con instruccion, virtudes y facilidad en los medios de subsistencia, porque el hambre es muy mala consejera, se puede esperar con seguridad el triunfo en las circunstancias difíciles.

Son inmensas y bien conocidas en la práctica del gobierno de los estados las ventajas de una sociedad instruida, moralizada y laboriosa. De aquí el extremo cuidado con que todos y cada cual á porfia debemos contribuir á este fin, segun la esfera de relacion en que nos encontremos, con el laudable objeto de ennoblecer y propagar entre todas las clases del estado el gusto y aficion á estas buenas costumbres, no perdiendo de vista los gobiernos, que son los que pueden hacer mucho mal ó mucho bien á las naciones, que para mejorar la condicion moral de sus súbditos es preciso comenzar fomentando el desarrollo físico, pues es un axioma indestructible que teniendo el hombre con que vivir se perfecciona hasta lo infinito.

A nadie mejor que á nuestra nacion conviene seguir tan beneficioso sistema, atendiendo á su estado actual, de transicion al próspero y risueño porvenir que la está reservado para que se inaugure de una vez y para siempre una nueva era de durable felicidad, en que los bienes positivos vengan mas dignamente á ocupar el lugar que hoy les tiene usurpado la indolencia y el encono mortal de las pasiones.

Para conseguir este grandioso, fácil y natural resultado, no hay mas que aprovechar las buenas cualidades morales que presentan sus indi-

viduos, las cuales existen sin aprovechamiento de interés, por encontrarse casi por completo desapercibidas, esperando tan solo un leve impulso para partir con rapidez á la par de los adelantos progresivos de la época.

Nosotros al fundar el periódico que hoy tenemos la honra de ofrecer al público, hemos tenido presentes todas las variadas circunstancias que concurren en nuestro codiciado país, para que alcance con el tiempo todo el grado posible de prosperidad, por cuya razón formarán el objeto predilecto de nuestras tareas todos los asuntos, mejoras y descubrimientos de la humana inteligencia que contribuyan ó puedan contribuir á la mayor instruccion y comodidad de sus habitantes.

La reforma que á grandes voces están reclamando en España la educacion en todas sus diferentes fases, la legislacion, la agricultura, industria y comercio; las bellas artes, incluso el decaído arte dramático; la razonada crítica y discusion de los reglamentos y sistemas de enseñanza de las escuelas especiales, la bibliografía y demás materias que se manifestaron anteriormente en el prospecto, nos darán abundantes asuntos en que ocuparnos.

Las mejoras se irán estableciendo sin interrupcion á medida que el público acoja con interés nuestros sacrificios.

¡Ojalá que, para cumplir debidamente con los nobles y sagrados compromisos que, tal vez siendo demasiado jóvenes nos imponemos, pudiéramos contar con tantas ideas en nuestro cerebro como sentimientos en el corazón!...

Mellon Atienza y Sirvent.

Artículo-introduccion á los demás que yo escribiere
ó sea

YO PRESENTADO POR MI.

Corina.—Es tan interesante ver á los grandes hombres desnudos!

Adela.—¡Corina!

Corina.—Desnudos de toda ficcion, quiero decir.

SCRIBE.—El Puff.

Empezaré sentando un axioma.

No quiero decir con esto que dicho axioma necesite que yo le sienta, puesto que todos los axiomas están sentados desde que nacieron; y el mio, que es antiguo, se tiene por tanto como cualquier otro, y no padece la falta de ninguno de los requisitos indispensables para sentarse, inclusa la de cuantas partes del cuerpo tengan una relacion mayor ó menor con semejante acto.

El axioma (pues no quiero obligar á mis lectores á sentarse si están de pié para escuchar mi divagacion, y la corto aquí), el axioma, digo, que otros habrán sentado antes que yo y que yo siento despues de ellos, es el que establece la conveniencia de saber quién le habla á uno y con quién uno habla.

Y arrepíentome en verdad de haber empleado pálidamente la palabra conveniencia: mejor pudiera haber dicho (y por lo tanto dígolo ahora, y cuenta errada no valga, y de sabios es mudar de consejo), en vez de conveniencia, necesidad.

Hay efectivamente necesidad de saber con quién uno habla y quién le habla á uno.

Suponte si no por un momento, que una mujer equivoca á su marido con otra persona. Esto es en extremo fácil, si se atiende á que por lo regular siempre creemos ver en todas partes aquellas personas ó cosas que están mas profundamente grabadas en nuestro espíritu.

El gato cree ver por todas partes al raton, el deudor al acreedor, el ladron al alguacil, el asesino la horca, el goloso los confites, la araña las moscas, el cobarde el peligro, el prisionero el aire y el espacio, y el escritor al público en juez.

Probado, por tanto, que una mujer puede muy bien equivocarse á su marido con otra persona, supuesto que el marido es el pensamiento constante de la mujer, aun nos es mas fácil imaginar que lo que esta diga á aquel, creyendo que el tal no es el que es y es el que no es, pueda desagradar en alto grado al que al escucharla conoce que su mujer le habla pensando que es el que no es y no es el que es, y en virtud de todo deduce que, siendo y no siendo cuanto queda dicho, lo que no admite género alguno de duda es que por su desgracia es lo que en su inocencia no sospechaba que seria nunca, pues creia á pié junto que su mujer era todo lo contrario de lo que es en realidad.

Las consecuencias de semejante descubrimiento pueden imaginarlas mis lectores, dándoles cada uno el grado de intensidad á que la mayor ó menor fosforescencia de su carácter le incline, despues de penetrarse bien de la naturaleza del asunto.

Lo que llevamos referido del marido y de la mujer es aplicable á otra infinidad de personas y casos, todos distintos entre sí, pero que contribuyen igualmente á probar la primera parte de nuestro axioma, ó sea la necesidad de saber con quién uno habla.

En cuanto á la evidencia de su parte segunda, ó sea la necesidad que igualmente existe de sa-

ber quién le habla á uno, es de la misma manera indisputable.

¿Quién le habla á uno! ¡Pues ahí es nada lo intrincado ó importante de semejante problema!

El hombre que supiera siempre fijamente quién era el que le hablaba, sería el mortal mas feliz de cuantos han muerto ya, se están muriendo ahora ó tienen que morir en lo sucesivo.

¿Quién le habla á uno!! Te suplico, amigo lector, que reflexiones en toda la inmensidad de semejante cuestion, y si no quieres tomarte tal molestia, déjame que ausilie tu reflexion para que te molestes menos.

Pruébase de una manera concluyente la necesidad de saber quién es el que le habla á uno por la rareza, mejor diremos, por la no existencia de un solo caso en que entre dos personas que estén hablando, cada uno de ellos sepa positivamente quién es su interlocutor.

A primera vista quizás te parezca esto una paradoja; pero acuérdate de que á menudo las grandes verdades lo parecen en un principio.

Estraño es en verdad que jamás ó rarísimas veces sepa uno quién es el que le está hablando; pero cesa de existir tal estrañeza si pensamos en que el nombre, profesion, edad, sexo, estatura, color, complexion, etc. etc., no son las solas cualidades que constituyen á una persona. Los ejemplos aclaran infinito las cuestiones. Pondremos algunos, y empezaremos por aprovecharnos de uno que ya hemos puesto.

Figúrate, querido lector, que el marido de quien su mujer cree equivocadamente que es el que no es y no es el que es, se encuentra (antes del momento en que su mujer se equivoca) con un íntimo amigo suyo que corre afectuosamente á saludarle.

El bueno del marido cree ser saludado por fulano de tal, de tanta ó cuanta edad, perteneciente á tal ó cual profesion, amigo suyo, etc. etc.; pero sin embargo, aunque realmente es saludado por el mencionado individuo, adornado de las indicadas cualidades, le falta aun saber que además es saludado por dicho individuo pero adornado de otras cualidades distintas, cualidades dignas de ser apreciadas por mas que su poseedor, en virtud de ser v. gr. cualidades fútiles de puro adorno, procure ocultarlas, guiado por lo esquisito de su modestia.

Pero supongamos por un momento que el tal marido sabiendo ya, mediante la equivocacion de su mujer, que su amigo está adornado de tales cualidades ó talentos de adorno, se vuelve á encontrar á este el dia menos pensado.

Aunque el amigo que ahora se encuentra es en rigor el mismo que se encontró antes, ¿quién dejará de confesar que ese amigo son dos amigos distintos?

Y así es en verdad.

Hemos supuesto en este ejemplo que el marido conoce al fin con quién habla para hacer ver al lector cuán importante es tal conocimiento, pues fácil es de imaginar que, como quiera que en este diablo de mundo es necesario para vivir rectamente dar á cada uno lo que es suyo, y tratar á cada cual como se merece, mal podremos vivir con rectitud y hacer todo lo demás que dejamos dicho, sin saber lo que es de cada cual y lo que se merece cada uno.

En el mencionado ejemplo no es muy difícil concebir que el amigo que saludaba al marido merecia un pescozon mas bien que un apreton de manos, y tenia derecho á un puntapié, un soplamocos ó un cogotazo harto mejor que á una sonrisa.

Pero el caso en que uno conozca al fin con quién habla es rarísimo.

Francamente ¿quién puede gloriarse en este mundo de tal cosa? Id viendo.

¿Eres tú acaso, honrado padre de familia que paseas con tu mujer y tus hijos las tardes de los domingos, que vas al teatro por las Pascuas y á comer al campo el dia de San Isidro, que te hinchas de buñuelos y puches la víspera de Todos los Santos, y celebras tus dias con una indigestion porque tu estómago no puede resistir la fuente de arroz con leche y las sopas de rosoli que embaulas en él; eres tú, digno amigo mio, el que crees conocer á fondo á tu esposa, porque hayas vivido con ella veinte ó treinta años y sepas de memoria los dientes que le faltan, las canas que le sobran, las verrugas de su nariz, las fuentes que le han abierto en cada brazo y los callos que tiene en cada pié; eres tú, vuelvo á repetir, el que crees conocerla ¡oh presuntuoso ciudadano! sin sospechar siquiera que desde que te casaste con ella ha tenido cada dia cien deseos, doscientos pensamientos y trescientos milares de trescientas mil cosas distintas, cuya existencia ignoras, ignorancia sin embargo que no debes sentir porque quizás sea favorable á la calma de tu existencia?

¿Eres tú, amigo de tu amigo, el que crees conocerle y recibes satisfecho sus protestas de cariño, sin pararte á reflexionar si eres viejo, rico y sin parientes, si tienes hija, mujer, hermana ó cuñada linda, o puedes ser de cualquiera manera útil á aquellos que te rodean?

Quizás mis lectores se pregunten á sí mismos á dónde voy á parar con todo cuanto hasta ahora llevo dicho.

Como, por una parte, deseo servirles, y por otra no quiero estenderme demasiado y ocupar yo solo todo el periódico, voy á satisfacer su curiosidad.

De todo cuanto llevo dicho se desprende la importancia de conocer con quién uno habla y quién le habla á uno, y al mismo tiempo la extrema dificultad de conseguir tan importante conocimiento.

Ahora bien, si vosotros ¡oh lectores! no vais á hablar conmigo, es claro y aun evidente que yo voy á hablar desde hoy y estoy ya hablando en este instante con vosotros.

Impórtaos por lo tanto mucho conocerme.

Dígame, pues, á mí mismo: "si yo me doy á conocer á mis lectores, es decir, si yo les hago conocer la persona que les va á hablar, ¿no les proporcionaré un placer intensísimo por lo raro, haciéndome por lo tanto acreedor á su agradecimiento?"

Voy, pues, á proporcionarles ese placer.

Además, hoy que abundan tanto los grandes hombres ¿no puedo yo crearme uno de esos seres privilegiados?

—Es evidente que sí.

Dos cosas se necesitan para ser grande hombre, á saber, ser hombre y ser grande, y nadie me negará que, siendo primero la sustancia que la forma de la sustancia, es decir, el sustantivo primero que el adjetivo, lo principal en todo hombre grande es el ser hombre, y el ser grande lo secundario y accesorio.

Yo soy hombre, es decir, tengo el requisito primero, esencial, necesario y mas importante para poder ser grande hombre; me es, pues, permitido, sin pecar de vanidoso, suponer en mí el requisito secundario y menos importante de ser grande.

Ahora bien, á mas del placer que proporcionaré á mis lectores dándoles á conocer á un hombre, ¿no debo proporcionar á la humanidad el conocimiento de uno de los diamantes con que cuenta, para que no sea tachada de injusta si no le aprecia y le sublima?

¿No debo proporcionar á esa misma humanidad (palabra que se va desgastando de tanto so- barla) el placer de conocer á fondo esa mencionada piedra preciosa y examinarla con toda escrupulosidad?

¡Es tan interesante, como ha dicho un gran dramaturgo, ver á los grandes hombres desnudos!

Al llegar aquí, empero, me ocurre repentinamente una enorme y no prevista dificultad.

Iba á empezar ya á bosquejarme á mí mismo, cuando he notado con súbito estupor que tal empresa es imposible llevarse á cabo.

Si tan difícil, tan soberana y eminentemente difícil es conocer á los demás, no lo es en verdad menos el conocerse á sí propio.

Y vuelvo á concretarme á casos particulares para volver á su vez á generalizar.

Tú que te juzgas valiente porque has asistido como actor á media docena de acciones de guerra y has oído impasible silbar las balas á tu alrededor, ¿sabes acaso si temblarías como un niño y correría por tu cuerpo el sudor del miedo mas atroz si te vieras en una habitacion de seis piés en cuadro, sin puertas ni ventanas abiertas por donde huir, y en presencia de una serpiente venenosa que se acercara á tí lentamente, abriendo su boca y agitando su lengua cubierta de una baba blanquecina, con la mirada metálica y brillante, chocando unos con otros sus anillos y replegándose y estirándose, aproximándose mas cada vez, hasta que por fin se lanzara á tí, te oprimiera la cintura y los brazos con un estre- mecimiento de voluptuosidad, acercara á la tuya su cabeza achatada y fria, y hundiera su lengua en tu mejilla, que se abriría para dar paso á sus dientes, que destilaban una ponzoña mortal?

Tú que te juzgas honrado y virtuoso porque tienes la virtud en lo repleto de tu estómago y en el bienestar de tus hijos, ¿sabes acaso si al sentir el aguijón del hambre y el frio, y al ver á tu familia tiritar bajo harapos podridos, imitarías á esa multitud, acaso mas desgraciada que culpable, que puebla las cárceles y los presidios, pulula por las ladroneras y tabernas y concluye quizás con un anillo de hierro en la garganta, sirviendo de espectáculo gratuito á un millar de semejantes que se entretienen mirán- dolo retorcerse bajo la mano del verdugo?

Tú que arrastrado por el torrente de las pre- ocupaciones piensas que eres un miserable es- céptico, sin fe y sin amor, sin sentimientos ni esperanzas, sin afecciones ni corazon, ¿sabes aca- so, pobre vanidoso de mal género, si al ver á una infeliz anciana caer bajo las ruedas de un carruaje, al oír su grito desgarrador y el crujido de sus huesos que se partían en pedazos, y al ver su cuerpo sangriento, jadeante y esparcido en trozos humeantes y asquerosos sobre el fango del empedrado, ¿sabes, repito, si una lágrima rodaria de tus ojos, un gemido brotaría de tu alma y un dolor nacería en tu corazon, que tú

juzgabas muerto ó no existente?

¿Quien se conoce á sí? ¿quién sabe lo que es el abismo de su propia alma, la inmensidad de su propio corazón, el mundo de su propia inteligencia?

Nadie y yo menos que nadie, que no cuento con la experiencia que da la edad ni con el genio que la suple.

Me dirás entonces, amigo lector, qué consecuencias saco de lo anteriormente escrito, qué bien te viene con haber leído mis anteriores renglones.

Voy á responderte.

Por el presente artículo no te puedes formar la idea mas remota de mi carácter; me juzgas algo ateo y quizás soy muy creyente, me juzgas risueño y acaso soy triste, me juzgas malo y acaso no lo soy tanto como parezco.

Así pues, si la lectura del artículo que estoy terminando te incita á trabar conmigo relaciones y á desear conocerme mas á fondo, no tienes mas remedio que seguir leyendo cuanto escriba en los sucesivos números de LA CONVERSACION, que es lo que yo deseo, y al conseguir esto habré conseguido proporcionarte un rato de placer, beneficio no poco estimable en un mundo en que las alegrías son los descansos breves y raros en el camino del dolor.

Juan Alonso y Eguitaz

ROMANCE.

Con el reposo del campo
Y apacibles distracciones,
Un cortesano queria
Desvanecer sus dolores.
Mas ¡ay! su mente ofuscaba
La ambicion que el bien corrompe,
Mientras que tristes memorias
Hacian sus penas dobles.
Y así, buscando el sosiego
Que solo el justo conoce,
De su amargura seguido
Caminaba con pié torpe.
Una estendida pradera
Vió por fin, rica en verdores,
Y en un trozo mal tajado
De blanca piedra sentóse.
Dispersas luces bullian,
Daba el campo sus olores,
El sol brillante á lo lejos,
Bello y limpio el horizonte.
De herboso peñon brotaban

Mil fuentecillas acordes,

Que en blanda lluvia deshechas

Iban cayendo en las flores.

Y luego en fúlgido arroyo

Deslizábanse veloces,

El ruido leve sonando

De sus cristales entonces.

—Allí, solícito abria

La fecunda tierra un hombre,

Y con sudor la regaba

Para merecer sus dones.

Y aunque latia su pecho

En fatigosos rigores,

Y á pesar de que su frente

Al rayo del sol quemóse,

Dulce bondad respiraba,

Mostrando sus puros goces

En el son franco y sencillo

De placenteras canciones.

Y el eco las repetia

Y el ave tiernos redobles.

Daba escondida en las ramas

Publicando sus amores.

No lejos y al pié florido

De choza pajiza y pobre,

Y entre nevados y alegres

Corderillos juguetones,

Alma de aquellos espacios,

Gloria de aquellas regiones,

Llena de paz se encontraba

Su venturosa consorte.

Entre sus manos tenia,

Absorta en gratas labores,

Telas que fueron un tiempo

Blancos y rizos vellones:

Y aquí lucientes panales,

Mas allá frutas y flores,

Y á un lado sus tiernos hijos,

Que al son de la cuna dócil,

Con infantiles acentos

Baluceaban su nombre.

—Dejó el solitario huésped,

Sumido en mil reflexiones,

Tan dulce tierra, envidiando

A sus libres poseedores.

Y mientras iba en los aires

Derramándose la noche,

Y las estrellas salian

En magnífico desórden,

Él de dolor traspasado

Volvióse triste á la corte,

Y ellos marcharon del sueño

A conquistar los favores.

Julio de Eguitaz.

INTRODUCCION A LAS REVISTAS DE

TEATROS.

Si tú, querido lector, has tenido la desgracia de perder á tu madre, á tu padre, ó á ambos, en esa edad infantil que se desliza como un sueño, y de que solo guardamos un recuerdo confuso y nebuloso en la edad madura, ¿no te habrá ocurrido mas de una vez en el silencio de la noche ó en uno de esos momentos en que el alma se replega en sí misma, haber tratado de recordar, procurando esclarecer la profundidad oscura de lo pasado, los rasgos, el acento, la fisonomía en fin de esa persona querida que perdiste?

¿Y no habrás una vez y otra vez, y un día y otro día, vuelto á empeñarte en tal tarea, por mas que siempre sea inútil, pues la figura de tu padre ó de tu madre tan solo se aparecen á ti perdidas en una bruma que no puedes traspasar, cayendo al fin tu alma, cansada y rendida, en una postracion melancólica indefinible?

Si tú, querido lector, al llegar á ese límite de la infancia, principio de la virilidad y término medio entre ambas, que se llama adolescencia, has conservado tu corazón virgen y puro, no manchado por el hálito de la corrupcion y lleno de la poesía inefable que envuelve esos años, tan rápidos como felices; si has sido á esa edad lo que el hombre debe ser y lo que por fortuna es generalmente, ¿no has procurado mas de una vez y mas de dos, cerrando tus ojos, aislándote en lo posible del mundo exterior y abandonando tu espíritu en esa region de los fantasmas y los sueños, de los delirios y de las esperanzas, ¿no has procurado, digo, distinguir entre las flotantes nieblas, resplandores, profundidades y senos insondables de lo futuro, el rostro virgen, angelical y puro de la mujer que te destina Dios para endulzar las amargas de la vida?

¿Y no te ha acontecido cuantas veces has hecho esto, pasar horas y horas de inquietud, de deseo, de alegría, de pena y por último de desaliento, al notar que jamás conseguías ver aquella figura tan ansiada destacarse clara, perceptible y fija en el fondo infinito de que tratabas de extraerla?

El alma humana en general es como la tuya, ¡oh tú que buscas en los espacios el rostro de tu madre que perdiste! El alma humana en general es como la tuya, ¡oh tú que buscas entre las tinieblas del porvenir el rostro de la que ha de ser tu amada, tu alegría, tu mitad y el complemento de tu ser!

Recuerdo de un bien perdido ó esperanza de una venidera felicidad, el alma humana abriga en sí un deseo, una tendencia, un ansia irresistible y continua de distinguir en aquella vaga region á donde su vista no alcanza, pero á la cual se aproxima mas y mas con un anhelo loco, un bien supremo, una suprema verdad que entre tinieblas se le manifiesta eternamente mas clara ó mas confusa, pero que nunca concluye de destacarse límpida y visible.

El resultado de ese anhelo, de esa ansia siempre existente y nunca satisfecha, son las bellas artes, es la poesía, la escultura, la música, la arquitectura y la pintura.

En el fondo de su imaginacion, en medio de sus delirios, de sus inspiraciones y de sus ensueños, el poeta busca un pensamiento y una forma de ese pensamiento, forma en que busca la belleza, es decir, la esencia divina manifestada, en cuanto puede serlo, por medio de la palabra.

El músico busca la expresion de su pensamiento en la belleza de sus melodías y sus armonías; el pintor la forma del suyo en el dibujo, el colorido y la composicion, y así los que profesan las demás artes que hemos mencionado por los medios que esas artes les prestan y que su genio sabe aprovechar.

Existe, pues, en los hombres una propension, una inclinacion elevada, noble é irresistible á adivinar y expresar por medios humildes, insuficientes y ruines una idea constante, eterna y fija, la idea de otro mundo, supremo bien, suprema belleza, suprema felicidad.

Las armonías de los torrentes que caen, de las hojas de los árboles que crujen, del viento que silba, encierran en sí una esencia que el músico recoge en cuanto puede, y á imitacion de esa esencia, que adivina mas bien que ve, que siente mas bien que conoce, produce un cántico en que se esfuerza en retratar ese otro canto que vaga ante él, confuso, nebuloso, indistinto, y sin embargo mas grande y mas hermoso que el que él produce á su imagen; porque el cántico que él imita es el rostro de la mujer que el adolescente sueña, y el cántico que él produce es el rostro de la mujer que el adolescente ama mas, tarde porque cree reconocer en él algunos de aquellos vagos rasgos del rostro que vió en sueños.

La poesía, que es la mas grande, la mas extensa y la mas hermosa de las bellas artes, forja tambien un mundo, tomando por base el verdadero, y por fin uno fantástico hijo del verdadero en cuanto nace de él en la cabeza del poe-

ta, padre del verdadero en cuanto que el verdadero ha nacido de él en la voluntad de Dios.

El poeta toma del mundo real lo bueno, lo noble, lo elevado, y fermentando estas esencias en su cabeza y en su alma, sueña un mundo fantástico que vaga ante él como el cántico ante el oído del músico, como el rostro de su amada ante los ojos del adolescente.

En vista entonces de ese mundo ideal el poeta toma la pluma, y de ella nace un mundo superior al verdadero y real en que vivimos, inferior al verdadero á que aspiramos morada de Dios, lazo de union entre ambos, mezcla de tierra y cielo, materia y espíritu, deseo é impotencia.

Así el poeta tiene una misión difícil, santa, trabajosa, llena de amarguras grandes, placeres infinitos, vida escepcional y extraordinaria, de doble vista, de inquietud, de agitaciones y lucha consigo mismo.

Tiene la misión de llevar en la mano á costa de su vida, de su felicidad y de su reposo una antorcha de luz suave, tranquila, bienhechora y brillante, que alumbré á la humanidad y le indique el sendero que ha de seguir, procurando quitar de su paso las penas agudas, los abrojos punzantes y los desengaños y amarguras que desalientan.

Bajo este punto de vista elevado, noble y digno consideraremos á los poetas; bajo este aspecto grandioso, verdadero y justo consideraremos en especial las producciones de los autores dramáticos, cuya influencia en la moral y en las costumbres públicas es mayor de lo que á primera vista pudiera parecer, no fijando nuestra mirada con ahínco, antes bien pasándola con ligereza por la superficie, sin examinar el fondo de las cosas.

Hijo el teatro de la sociedad en que vive, porque en todas épocas la ha retratado; hijo, decimos, de esa sociedad, parece á primera vista que el hijo no debería influir en el padre, la consecuencia no debería influir en el antecedente el efecto no podría ser causa.

Pero si efectivamente el teatro griego, el teatro latino, el teatro español, francés, inglés é italiano han retratado las costumbres, usos y hasta preocupaciones de las naciones y de las épocas respectivas, no es menos cierto que esas costumbres, esos usos y esas preocupaciones son el mundo verdadero y real de donde el poeta parte, y que afirmando el pie en él, puede tender y tiende efectivamente hácia otro mundo que ve en sueños, y hácia el cual se encamina á veces sin saberlo, sin sospecharlo siquiera, movido por una fuerza superior, que es la misma fuerza que todo

lo mueve y todo lo rige y gobierna, y que se llama Providencia.

El teatro ha ejercido, ejerce y ejercerá mientras exista, una influencia grande, inmensa en la sociedad; influencia que pasa quizás desapercibida por lenta y oculta, aunque debe llamar la atención por robusta y poderosa.

Cuando las fuerzas vitales de un individuo gastado prematuramente se agotan de día en día ¿quién será el que le aconseje remedios violentos, cuya acción repentina le mataría?

El campo, el sol, el aire, los paseos por los prados esmaltados de flores y los bosques tranquilos y silenciosos son los que han de obrar el milagro de la resurrección de un hombre casi cadáver.

¿Y quién negará el efecto inmenso, aunque lento, que esos remedios obran en el enfermo, porque obren tan poco á poco que apenas se perciban sus resultados, si al fin de un mes, de dos ó de mas el cambio es tan visible que admira al que le observa de pronto sin haber ido siguiendo sus pasos uno por uno?

El objeto moral de una obra dramática, su pensamiento, su forma, todo procuraremos examinarlo con la posible imparcialidad y con el detenimiento que merece toda producción teatral, que es una palanca poderosa que puede obrar el bien ó el mal, pero cuya influencia en uno ú otro sentido es sin duda alguna indisputable.

Respecto á los actores procuraremos ser tanto mas justos y aun benignos con ellos, cuanto que además de ser su arte acaso el que mas dolores causa al que le profesa, y además de la vida de continuo trabajo que todo actor lleva día y noche, su gloria muere con él como concluye el ruido de un torrente cuando se agota, la luz de una hoguera cuando se apaga, el canto del ruiseñor cuando este muere.

Nada mas por hoy.

En el número siguiente darán principio nuestras revistas.

Juan Alonso y Eguílaz.

ADVERTENCIA.

Se considerará desde luego como suscriptor al que, recibido el presente número, no lo devuelva.

Editor, D. Mariano Ramirez.

MADRID: 1858.

IMPRENTA DE D. ZACARIAS SOLER,

Arco de Santa María, núm. 16.